

Educación centrada en el aprendizaje

Domingo Docampo

21 de Noviembre de 2001

1 Introducción

La Revolución Industrial estructuró una organización de la vida humana en tres fases bien distintas, que se suceden en el tiempo: educación y formación, empleo, y, finalmente, retiro, ocio permanente obligado por razón de la edad[1]. Dicha estructura de la vida en tres fases pierde sentido en la Sociedad de la Información; los conocimientos adquiridos durante la primera fase de la educación, en un mundo de innovación permanente, pronto serán obsoletos; por otra parte el capital humano acumulado por la experiencia del trabajador en la segunda fase, se convierte en una riqueza indispensable, generadora de conocimientos y capacidades acordes con las nuevas exigencias de los sistemas productivos complejos.

Así pues, la Sociedad de la Información apunta a un rediseño de la vida humana que haga desaparecer los obstáculos que existen en el tiempo entre educación, trabajo y ocio. El siglo XXI nos acercará poco a poco a una interacción permanente entre educación-formación, empleo-trabajo, y ocio-consumo-participación social. Las tecnologías de la Información intervendrán además masivamente en el proceso educativo, permitiendo aprender a un ritmo propio, o ahondar en el estudio de determinados aspectos en un ambiente de mayor libertad. En una Sociedad del Conocimiento plenamente desarrollada, educación y formación serán indisociables de un proceso de perfeccionamiento personal que se extenderá durante toda la vida.

El proceso de construcción del espacio europeo de la educación superior se inspira también en un nuevo enfoque de la formación. La constatación de la necesidad de modernizar y armonizar los sistemas de educación europeos en la nueva sociedad llevó a los gobiernos a firmar en junio de 1999 la **Declaración de Bolonia**. La armonización propuesta en la Declaración, que introduce una arquitectura de títulos en dos niveles (grado y posgrado), constituye una excelente oportunidad para modernizar las enseñanzas, tanto en su organización como en sus objetivos, métodos, contenidos y esquemas de evaluación del **esfuerzo en el aprendizaje**, con el fin de adecuar la oferta universitaria a las necesidades reales de la sociedad y a los retos del futuro a medio y largo plazo. Al separar con claridad la formación en los

niveles de grado y posgrado, dicha estructura proporciona un nuevo marco de oportunidades para definir una oferta académica versátil, abierta, en el que la relevancia de los estudios dentro del mercado laboral europeo se enmarque en una concepción global de **aprendizaje permanente**.

El quicio de la reforma (implícita en la Declaración de Bolonia) no está en la acomodación de los contenidos de los planes de estudio a la nueva estructura sino en un cambio de paradigma: pasar de una educación centrada en la enseñanza (en el profesor) a otra centrada en el aprendizaje (en el alumno): las aulas universitarias deben ser por tanto lugares a los que se va a aprender (no a enseñar). No hay que olvidar que la ciudadanía espera recibir de las universidades profesionales que hayan desarrollado aptitudes y habilidades para ser útiles a la sociedad. Esta nueva forma de enfocar la formación deberá llevarnos también a revisar profundamente nuestros esquemas de evaluación, actualmente estructurados en torno a la dualidad aprobado/suspenso, con el fin de reflejar adecuadamente en las calificaciones el esfuerzo efectuado por los estudiantes.

2 Enseñanza y Aprendizaje

Es importante reflexionar sobre el papel de la Universidad en la nueva sociedad y de su relación con las empresas y la industria.

Les adelanto un juicio que ya expresé en una intervención en otro foro[2]: la historia de las relaciones universidad-empresa, y en general universidad-sociedad, es la historia de una tensión entre quienes están convencidos de la **utilidad del conocimiento** y quienes apuestan por concentrarse en el **conocimiento de lo útil**.

La educación es una **aventura personal**, un largo proceso formativo mediante el cual un individuo consigue desarrollar una visión propia del mundo a través del estudio de una disciplina científica, artística o tecnológica. El resultado no se mide, no debe medirse a mi juicio, en la cantidad de información asimilada o engullida, si no más bien en el desarrollo de la capacidad de jerarquizar la información y convertirla en conocimiento.

Un filósofo español, Fernando Savater, escribía recientemente un diagnóstico que me parece extraordinariamente certero:

“La suposición de que lo racional es estar bien informado es uno de los problemas de nuestra época, en la que se considera que tener acceso a mucha información va a desarrollar la razón. No es lo mismo información que conocimiento; el conocimiento es reflexión sobre la información, capacidad de discriminación y discernimiento respecto de la información, capacidad de jerarquizar, de ordenar, de maximizar la información. Todo es información menos el conocimiento que nos permite aprovecharla”.

Veo detrás de este pensamiento una redefinición de la misión de una Universidad para el siglo en el que ya nos hemos metido, una Universi-

dad **centrada en el alumno**, preocupada por los procesos de aprendizaje, menos obsesionada con los modelos de enseñanza y los planes de estudio.

En el pasado, las universidades podían permitirse sucumbir a la tentación de ser meras transmisoras de información, dada su reconocida función de acreditar los saberes mediante la impartición de los títulos universitarios. En la sociedad del conocimiento, en el medio y largo plazo, lo que acredita a un individuo es la capacidad de aprendizaje desarrollada mientras obtenía su o sus títulos académicos. Vivimos en una nueva sociedad, que valora los intangibles, la capacidad de generar y distribuir el conocimiento en las organizaciones.

Mi tesis es que esta nueva sociedad le ha hecho un gran favor a la Universidad, le ha recordado que su fortaleza está en lo que siempre ha constituido su **misión fundamental**: generar, acumular y distribuir el conocimiento, no la información. El servicio a la ciudadanía y a su pleno desarrollo (humano, económico y social) por parte de las universidades vuelve a centrarse en el fomento del pensamiento básico, en el rigor académico y la honradez intelectual, en la formación integral de los ciudadanos de sociedades democráticas avanzadas científica y tecnológicamente.

No estoy queriendo decir que la Universidad se desentienda de la adecuación de sus estudiantes al contexto laboral que encontrarán a la salida de las aulas. O que descuide la formación ocupacional de sus titulados. Mas bien me parece que, para el correcto cumplimiento de esos objetivos de preparación para el empleo, el énfasis debe de nuevo ser puesto en el individuo, en el desarrollo completo de sus capacidades de aprendizaje. Quiero decir que debemos acomodar nuestros criterios docentes y por tanto la planificación de nuestras actividades académicas a la nueva lógica del aprendizaje. No hacerlo así puede llevar a emplear instrumentos y técnicas inadecuadas y, lo que es peor, a tomar decisiones incorrectas para el futuro profesional de nuestros titulados.

Recuerdo a propósito del desajuste entre objetivos y medios, mentalidades y contextos, la siguiente descripción, que recogía el Prof. Etxenike[3] en una conferencia pronunciada en la Universidad de Vigo, que ilustra a la perfección los riesgos de que se produzca un desenfoque:

Se cuenta del Director de una Empresa al que dieron una entrada para un concierto en el que se iba a interpretar la Sinfonía Inacabada de Schubert. Al darse cuenta de que no podía asistir, decidió regalarle la entrada al Director del Personal.

Al día siguiente el Director le preguntó si le había gustado el concierto. – Tendrá usted mi informe en su despacho esta tarde, contestó al director de personal.

Todavía perplejo por la respuesta, el director halló mas tarde el Informe sobre la asistencia al concierto.

Pieza número 3, Sinfonía Inacabada de Schubert:

Durante considerables períodos de tiempo, los 4 oboes no tienen nada que hacer. Se debiera reducir su número, y su trabajo debiera ser distribuido entre toda la orquesta, eliminando así los picos de actividad. Además, los 12 violines estuvieron tocando las mismas notas. La plantilla de esta sección debiera reducirse drásticamente. Si realmente se requiere un mayor volumen de sonido, podría conseguirse fácilmente y a bajo coste con un amplificador electrónico.

Por otra parte, en tocar las semicorcheas se empleó mucho esfuerzo. Esto puede parecer excesivo refinamiento, por lo que recomiendo que todas las notas se redondeen a la corchea más cercana. Si se hiciera así, sería posible emplear personal de más baja formación.

No sirve para nada la repetición con las trompas de pasajes que ya han sido tratados por la sección de cuerdas. Si estos pasajes redundantes fueran eliminados, el concierto podría reducirse de 2 horas a sólo 20 minutos.

Finalmente, debo señalar que si Schubert hubiese seguido mis recomendaciones, ciertamente habría acabado su Sinfonía.

No pretendía con esto más que llamar la atención de nuevo sobre esa tensión que les señalaba al principio entre la utilidad del conocimiento, y el (reductor) conocimiento de sólo lo útil, o entre la lógica de la producción en masa y la de la creación e interpretación artística, o entre la lógica de la enseñanza frente a la del aprendizaje.

3 A modo de conclusión

Cualquier reflexión sobre el futuro del empleo, según Eduardo Punset[4], equivale al análisis del proceso generador de conocimientos; es decir, la educación. El mercado del empleo (que se quiere más flexible) y el mercado educativo (que se quiere radicalmente distinto) son ya una y la misma cosa. Tenemos que dar menos énfasis, sobre todo, a lo formal. La vida no es formal. Aprendemos cosas muy formales, cuando en la vida cotidiana no somos nada formales: es necesario saber avanzar, saber realizar aproximaciones, saber dar argumentos, saber discutir.

¿Cuáles son, se pregunta Delacôte[4], los criterios básicos que acabarán imponiéndose en la enseñanza orientada al empleo del siglo que viene?

La primera idea es reforzar la **simplicidad**, conseguir que las cosas sean mucho más interactivas. La **interactividad** es un elemento fundamental de la nueva educación.

Hay que superar, por otra parte, el obstáculo de la cultura heredada, el ‘*conventional wisdom*’ del que hablaba Galbraith, que es tremendamente exclusivista: cada problema tiene sólo una solución, y esta solución sólo la tiene una persona, o una etnia, o una escuela. Hay que adoptar un **enfoque multidisciplinar** lo que supone **asumir la diversidad**.

Al comparar el comportamiento de colectivos de personas con mucha experiencia en un campo determinado con otros con mucha menos, a menudo se concluye que las diferencias radican en conceptos invisibles. El experto es capaz de organizarse mejor, intenta planificar la solución, anticiparse, desarrollar mucho trabajo previo antes de empezar. El novato en cambio, se precipita para conocer la solución. El novato dispara antes de apuntar porque cree que la solución es como un blanco que de pronto descubre, en lugar de verla como un proceso.

Al volcar esa reflexión sobre los procesos de aprendizaje me viene a la mente el maestro del arte del diálogo, Sócrates, de quien celebramos estos días el 2400 aniversario de su muerte. Es una dirección que valdrá la pena perseguir. A los jóvenes que un día serán profesores en el siglo XXI, tenemos que decirles que su trabajo consiste en convertirse en **socráticos**. Es mucho mejor que convertirse en puros repetidores de lo que dicen otros. Saber que hay que explotar el **arte del diálogo**. Saber que se tiene que hacer trabajar a la gente en grupo, y dirigirlos hacia planteamientos sensatos, explicitar sus pensamientos, avanzar en el proceso del conocimiento. Entonces se darán cuenta de que es un trabajo apasionante. Un trabajo en el que hay que potenciar la actividad, generar diálogos interesantes, funcionar en equipo, y conocer un poco lo que se trata en el resto del mundo, y en otros ámbitos, sobre la ciencia del saber, para destacar las ideas esenciales. Se darán cuenta también de que para aprender hay que olvidar, para enseñar hay que aprender y para comprender hay que crear.

Referencias

- [1] E. Fontela, “Formación y empleo durante toda la vida”, en *En torno al Trabajo Universitario: Reflexiones y Datos*, pág. 43–58, Cuadernos del Consejo de Universidades, 2001.
- [2] D. Docampo, “Universidades en la sociedad del conocimiento”, en *First Annual Iberoamerican R&D Summit*, 2001.
- [3] P. Etxenike, “Lo útil de conocer”, Enero 2001.
- [4] E. Punset, *Manual para sobrevivir en el siglo XXI*. Galaxia Gutenberg, Círculo de Lectores, 2000.